



## Ramón Xirau, primeros cien años

por **Julio Hubard**

La fama de Xirau como ensayista y filósofo ha eclipsado el peso de su poesía, acaso el ámbito que mejor lo define. En el centenario de su nacimiento, este ensayo revela a un autor que pensó su prosa en castellano y sus versos en catalán, pero que también reivindicó el hecho poético como forma de conocimiento.

**R**amón Xirau (1924-2017) llegó a México a los quince años. Ni adulto que perdiera una vida formada, ni niño que pudiera olvidar su origen. Casi todos los transterrados mantuvieron junto a su nombre un asterisco: venían de España, con formación completa, derrotados por el mal del siglo, dispuestos a reanudar vidas con pleno sentido. Las humanidades en México tuvieron de pronto una inversión inmensa de capitales: Gaos, García Bacca, Nicol, Joaquín Xirau (padre de Ramón), Ímaz y muchos más, hallaron la interlocución desde Reyes y Cosío Villegas, hasta el joven Octavio Paz. De la confluencia quedaron obras señeras e instituciones que todavía presumimos: institutos en la UNAM, el Colmex, el Fondo de Cultura Económica... Xirau quedó justo en el fiel de la balanza. Pero no solamente.

El Xirau famoso es el filósofo, historiador de la filosofía, crítico literario, ensayista; el Xirau en prosa castellana, clara y llana, que ha dejado obras maestras en varios registros: la historia de la filosofía, la exploración y exégesis de la experiencia espiritual, la crítica literaria, los viajes y un grupo de libros breves e importantes de su filosofía propia y personal.

Con todo, el corazón y más profundo valor de la obra de Xirau está en sus poemas. Si su prosa lo coloca como parte del canon del pensamiento en nuestra lengua, su poesía lo destaca como caso único... su mayor impronta, su mayor altura es la del poeta. Lo que tiene que decir de sí, del mundo, del tiempo, en su filosofía personal (*Sentido de la presencia*, de 1953, o el breve y estupendo *El tiempo vivido*, de 1985) es inextricable del hecho poético. Fue un poco como

Dante, que escribía su prosa en latín y sus poemas en toscano. Xirau solía rescatar *De vulgari eloquentia*, el elogio de Dante a la lengua en que cada uno piensa, sueña y ama, y la primera lengua que Xirau habló fue el catalán. No es dato de mera curiosidad: pensar es algo que sucede en una lengua. De modo común suponemos que se piensa con palabras, y es verdad, aunque no del todo exacto: es una forma de hablar; pensamos con el fraseo y con los ritmos de una lengua. Es un habla interior, antes que un acomodo sintáctico de puras palabras. Es un flujo y una forma de estar en el mundo. Es cierto que la lógica de cualquier idea o pensamiento es trasladable de una lengua a cualquier otra, pero no sucede lo mismo con los ritmos, tiempos, pausas y sonoridades que ocupan por dentro nuestras privadas vigiliadas y nuestros sueños. Sin embargo, aunque tendemos a separar sus géneros y recursos como si provinieran de distintos mundos, la separación entre el Xirau filósofo y el Ramón poeta es superflua y equivocada.

No fue siempre claro y Xirau requirió un proceso, que resultó fructífero: *Palabra y silencio* (1964) o *De ideas y no ideas* (1974) abordan cruces y diferencias entre ambos mundos del conocimiento. Todavía hacia finales de los años cincuenta, tenía conflictos para trabar una relación suficiente entre sus dos ritmos: su prosa en castellano, sus poemas en catalán. En *El péndulo y la espiral* (1959) concebía oposiciones entre la poesía y la filosofía. Casi veinte años después, esa relación asintótica entre sus dos géneros y sus dos lenguas halla su asiento definitivo en *Poesía y conocimiento* (1978). No es fácil decir qué es lo que atisba Xirau cuando se refiere a

esa consustancial diferencia. Lo cierto es que se trata mucho más de una declaración de principios, o un modo de estar en el mundo, que de un mero tópico de interés o un asunto discursivo. De hecho, la relación de poesía y conocimiento que propone Xirau no resulta comprensible sin una contraparte filosófica igual de presente y añeja en su obra: esa versión mediterránea de un existencialismo de mediodía, no lóbrego, que se anuda en torno a un verbo: estar —o como también la llama: el “sentido de la presencia”, donde “estar” es un sustantivo que ha sustituido al verbo y, en tanto objetivación, se torna ente, asunto cognitivo, muy reactivo al misterio—. Hoy estamos conminados no a reunir sino a divorciar el conocimiento y el saber. Cosa buena para armar buques, pero no para las barcas. Me explico: un buque es cosa ingenieril, ciencia aplicada, asunto de alta tecnología. Una barca, o las barcas, es aquello que vaiviene en los poemas de Xirau:

Escuchemos, ojos mortales, en el silencio,  
concentrados, vivos, atentos en el  
Silencio.

Hacia tu mar penetran lentas barcas,  
penetran lentamente nuestras barcas.

Y aquí, otra clave de Xirau: el silencio. No callarse sino acceder al silencio, preñado de sentido, no de significado, como la profunda morada de los seres en el tiempo. Los filósofos leen Heidegger, la tradición espiritual dice Juan Evangelista y Dionisio Areopagita, la poesía sugiere al otro santo Juan. Algo que se canta, más que se discurre.

En Xirau resulta sorprendente esa... iba a decir erudición —y, sí, pero sin ese dejo de yerto que tiene la acumulación de datos; lo suyo es sabiduría—. Sabe cosas no solamente porque tiene la cabeza espaciosa y envidiablemente dotada sino porque lo incumbe el mundo. Basta leerlo glosar a Rudolf Otto o extenderse sobre Kierkegaard para percibir la diferencia, real, palpable, entre el temor y el miedo, entre la revelación de lo sagrado y el abismo que nos impide lo sagrado. Hay que leerlo abismarse en cada estrofa del *Cántico espiritual* o rescatar la llana brillantez de Lope de Vega. Por igual lo entusiasman las cimas, los abismos, las tierras llanas; las almas salvadas, los locos furiosos. Solamente dos cosas no halla en su obra: la crueldad y la idolatría.

El hecho de que nada le sea ajeno no implica, ni mucho menos, que todo le resulta aceptable. Xirau tiene dos pleitos casados: uno, con los ídolos; el otro, con la suplantación del todo por la parte. Piénsese bien: no es un mal retrato hablado del diablo: ese ídolo empeñado en suplantar al Ser con una de sus criaturas. Y no es cualquier acepción del ídolo (porque Xirau no detesta ni a Demócrito, ni a Ficino, ni a Bruno) sino la idolatría; y tampoco es enemigo de la metonimia sino de la suplantación, de la impostura en los sistemas que impelen a creer que el hombre es un síntoma, que Dios es una estampa o que el universo es un reglamento de tránsito. Por

eso vuelve tantas veces —he contado cuatro en sus libros— a ese momento portentoso y descorazonador del *Fausto*: “En el principio era la acción.” Ese es el corazón del alma fáustica. Está Fausto, ya solo, en su estudio, comido por un ansia de conocimiento (un ansia que Lulio llamó *desconhort*, mezcla de tristeza, cansancio, hartazgo y una enorme vacuidad), y lee el Evangelio de Juan. “En el principio era el Verbo” —es decir, el *Logos*, en griego—, y queda insatisfecho. Intenta una glosa, y otra, y otra, hasta que llega a esa fórmula: “En el principio era la acción.” En ese instante, el perro se transforma en Mefistófeles. El diablo sabe que ahí hay un alma en venta, a cambio de todo el conocimiento. Mal negocio: comprar una potencia del alma al precio del alma entera. Todo filósofo tiene la tentación de Fausto: esa vehemencia, esa bulimia. Es idolatría. Porque no es lo mismo el conocimiento —un sustantivo que pincha por su intuición de completud— que conocer. Y Xirau repite: “Conocer es, al mismo tiempo, percibir, sentir, nacer con el mundo, con los otros, con el otro. ¿No decía Claudel que el conocimiento es *co-naissance*?” De aquí su afinidad con ciertos poetas de la presencia: Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz... Pero con un giro: en sus poemas hay una luz distinta y una extraña vida contemplada en la quietud y el movimiento, en los objetos; y digo vida: algo real, sensible y perceptible en el tiempo y espacio con una animación que no depende de su movimiento sino de otras dos cosas: su presencia y su carácter de creatura.

Aquí comienza y termina el entuerto del filósofo y el poeta. De hecho, se trata de las dos tesis más persistentes y debatidas de Ramón Xirau: la más antigua, el sentido de la presencia, y la más discutida: que la poesía es conocimiento. Y este, me parece, es fulcro de la poesía de Xirau. Casi toda la poesía que conocemos está escrita en la misma lengua con que el poeta va al mercado y pelea sus juicios. La coloquialidad es una compañía constante, o una elección, o un yerro simplón. En Xirau, la cosa cambia: el catalán no es lengua de comercio ni de cháchara. No trafica con el taxista, ni recibe su cambio, ni padece noticieros en catalán. Después de sesenta años, su lengua materna, sus poemas, acontecen en una lengua intocada por los trastes de la cotidianidad, pero sin desgaste, completa, con su historia y su potencia íntegras. Es una lengua, más antigua que el castellano, que solamente habla cuando habla consigo mismo.

Quien habla solo espera  
hablar con Dios un día...

dice Machado. De todos modos es ese mismo afán, que quería Mallarmé, de “dar un sentido más puro a las palabras de la tribu”. Solamente que la tribu no se compone de semovientes deshonestos ni sobrelleva una economía de cosas mostrencas. De ese mundo hay que rescatar palabras y objetos, darles vida otra vez. Para eso, Xirau cuenta con el español y la prosa.

